

LA HISTORIOGRAFÍA CATALANA, ANTE LA NECESIDAD DE UN SALTO

Catalan historians and the Civil War: a step forwards is needed

José Luis MARTÍN RAMOS
Universidad Autónoma de Barcelona
josep.martin@uab.es

Fecha recepción: 21/01/2014; Revisión: 13/02/2014; Aceptación: 21/04/2014
BIBLID [0213-2087 (2014) 32; 111-122]

RESUMEN: En los últimos ocho años se han publicado una setentena larga de libros de historiadores catalanes sobre la Guerra Civil en Cataluña; incluyen obras producto directo de investigaciones académicas, ensayos documentados y algún trabajo de divulgación no estrictamente comercial y de calidad suficiente como para poder ser considerado entre la bibliografía de referencia. El primer balance que conviene hacer es que la historiografía catalana sigue mostrando algunas lagunas importantes; lagunas que desdibujan los avances que se realizan en la investigación concreta y que no son todavía suficientes para que la mejora del producto académico se traslade a la sociedad y a una mejor comprensión de su pasado, o al menos más independiente de los tópicos y las manipulaciones políticas.

Palabras clave: Guerra Civil, Cataluña, debates historiográficos, hechos de mayo.

ABSTRACT: Although much of it communicational and even propagandistic in nature, there is now an abundance of Catalan literature on the Civil War. The study of the war in Catalonia has obviously made progress, in particular through a larger exploitation of primary sources, and has overcome its over-reliance on personal memoirs, recollections and oral testimonies. However, there is still a predominant focus on the period ending in May 1937. The consequence is a significant lack of scientific knowledge on what happened from that date until the end of the war.

Moreover, some recurring stereotypes subsist, such as the notion that the Civil War was not truly an internal, civil confrontation but rather an act of aggression against

Catalonia. There exists also the “moral excuse” for so-called “revolutionary violence” during the first months of the war, as opposed to the unreserved condemnation of the institutional repression carried out by the Government of the Republic in legitimate self-defence.

Keywords: Spanish Civil War, Catalonia, historical debates, May events.

Se mantiene, en primer término, una práctica ausencia de estudios y publicaciones sobre el período que se extendió más allá de mayo de 1937. De una manera absolutamente abrumadora, la historiografía catalana ha venido olvidando que desde esa fecha hasta febrero de 1939 Cataluña siguió en guerra. Ha actuado como si la Guerra Civil se hubiera detenido en mayo de 1937. Cuando, por el contrario, fue a partir de esa fecha que la guerra entró por todos los rincones de Cataluña y fue ese período, entre mayo del 37 y febrero del 39, el más largo de la guerra, para Cataluña.

1. LO QUE QUEDA POR HACER

Hasta mayo de 1937 la guerra estuvo lejos, se desarrolló en frentes que no la afectaron —o muy poco— directamente y el boicot anarquista a la movilización de las quintas limitó la participación humana directa a los voluntarios; fue una etapa de épica y de héroes, sin mayores padecimientos de la población que los problemas de suministros de Barcelona y otras capitales. Después de mayo de 1937, la movilización de quintas, que ya no se pudo seguir boicoteando, socializó plenamente la condición de combatiente y la tragedia sustituyó a la épica. El frente de Aragón se activó y llegó a ser el escenario de la primera invasión de Cataluña, en marzo de 1938. La población civil pasó a sufrir repetidos bombardeos de castigo. Y los problemas de aprovisionamiento se enconaron y se enquistaron.

¿Por qué entonces ese olvido repetido? A él ha contribuido la suma de dos tipos de tópicos de origen y raíz políticos, poco sostenibles con documentación en mano. *El tópico de que la guerra solo tuvo sentido mientras fue «revolución»*. Entrecorralillo porque se da por sentado una sola posible acepción del término, el que defendieron el mundo libertario —por otra parte harto heterogéneo— y el POUM. Y dos tópicos del nacionalismo catalán, diferentes pero no excluyentes. El que ha sostenido que no se trató para Cataluña de una Guerra Civil sino de una guerra de agresión exterior, «una guerra contra Cataluña», muy presente en la sociedad pero bastante menos en la investigación historiográfica. Y el tópico de la expoliación del poder autonómico por parte del Gobierno de la República, que finalmente se estableció en Barcelona desde finales de octubre de 1937, más presente en la historiografía y absolutamente dominante en la sociedad.

Que la guerra fuese «contra Cataluña» no tiene ningún sentido histórico. Hubo demasiados catalanes que combatieron en las filas franquistas o que actuaron

en retaguardia, entre emboscados y quintacolumnistas, demasiados, en cualquier caso, que simpatizaron con los sublevados y demasiados que los aplaudieron cuando entraron en Barcelona, como para no reconocer que se trató de una Guerra Civil, también en Cataluña. Ningún libro que valga la pena destacar ha desarrollado de manera explícita ese falso supuesto, pero es algo que aflora constantemente en la divulgación y los medios de comunicación. Por su parte, el atropello republicano sobre la autonomía se fundamenta en una manipulación múltiple. Del hecho de la intervención del Orden Público por parte del Gobierno de Valencia, en mayo de 1937, que fue una intervención estatutaria y constitucional y que solo podría admitir discusiones de interpretación jurídica sobre su alcance competencial y su duración, por la inconcreción o equívocidad de las leyes pertinentes. Del hecho de la recuperación, también en mayo, de las atribuciones de Guerra, asumidas por la Generalitat, atribuciones que nunca le correspondieron legalmente y que, en la práctica, habría sido mejor para la República que su Gobierno las recuperara antes. Del hecho de la asunción en exclusiva de la política de abastecimientos, que tampoco correspondía a la Generalitat, aunque creo que, en este caso, hubiera sido mejor que las hubiera mantenido o, cuando menos, compartido. Y, finalmente, del desaire frecuente de las autoridades republicanas a la Generalitat, muy particularmente a Companys, a partir de la instalación del Gobierno Negrín en la capital catalana. Solo la crítica de este último aspecto es sostenible pero no da para concluir que Negrín acabó, de hecho, con la autonomía y pasó por encima del estatuto del 32. En realidad, hasta el final de la guerra, con la aceptación o la resignación de Negrín, la Generalitat mantuvo importantes responsabilidades, que iban más allá del estatuto y competían, *de jure*, al Gobierno central, como lo fue en el ámbito de la enseñanza y la política económica o la laboral.

Pelai Pagés representa la suma de las dos líneas de tópicos, llegando a sostener que como consecuencia la actuación de Negrín habría sido tan negativa «para Cataluña, que empezaba a ver como sus libertades eran amenazadas no sólo por los facciosos, sino también, desde dentro, por la propia República» (p. 223). Esa ubicación en el mismo plano de la centralización del poder por parte del Gobierno Negrín, limitada y siempre por debajo de los topes estatutarios, y el ataque y derribo fascista a la autonomía catalana por parte de los sublevados es, como poco, una barbaridad histórica. Pagés sí extiende su peculiar síntesis de historia de Cataluña durante la Guerra Civil hasta el final. Pero lo hace de una manera desigual y sesgada, no para explicarnos la incidencia de la guerra en la sociedad, su dinámica política interna y la nueva legislación en materia agraria o industrial, por ejemplo, sino para desarrollar su alegato contra Negrín y eso en escasas setenta páginas de las trescientas que suman su narración. Para ello, no duda en hacer otra comparación, en este caso entre la que denomina «justicia popular», la de antes de mayo, y la «justicia especial», impulsada por el Gobierno Negrín que considera, siguiendo un tópico franquista muy habitual durante la dictadura, «más cerebral, fría, dirigida desde el Estado, centralizada y en muchos aspectos más rigurosa» (p. 123); entiéndase que por rigurosa Pelai Pagés quiere decir implacable. Esa comparación obvia

dos cuestiones: las dimensiones de una y otra (la represión institucional, a lo largo de toda la guerra, solo sumó el 5% de las muertes) y el hecho de que la segunda fuera legal, aunque pudiera ser discutible en sus procedimientos.

Con menor trascendencia, pero muestra también del mucho trabajo que queda por hacer, cabe señalar otros dos déficits. El de estudios sociales: sobre las condiciones de vida y trabajo, sobre la afectación de la escasez y el alza de precios, sobre la desorganización del trabajo en los primeros momentos de la guerra y los problemas de su recomposición. Y el de estudios biográficos, campo en el que apenas pueden destacarse algunas contadas publicaciones, sobre Ruiz Ponsetti, el principal mentor de la política industrial del PSUC, sobre Jaume Miravittles, principal asesor de la Generalitat en la política de propaganda, y de Companys en la de relaciones exteriores. No obstante, recientemente el Archivo Montserrat Tarradellas y Maciá (Monasterio de Poblet), está impulsando una obra en varios volúmenes, a medias documental y a medias biográfica, sobre Josep Tarradellas, fundador de dicho archivo. Se han publicado ya dos, el correspondiente a la primera etapa de su actuación política hasta julio de 1936, a cargo de Josep Esculíes, y el de la guerra, que lo ha estado al de quien suscribe este artículo.

2. AVANCES, MA NON TROPPO

Los temas que mayor tratamiento han merecido han sido, por orden de cantidad de publicaciones: el de la dinámica política interna, con un predominio todavía del debate «revolución/contrarrevolución», que ocupan más de la cuarta parte del total de títulos publicados; la violencia de retaguardia; la gestión política y administrativa de la Generalitat; y la guerra, en su aspecto militar específico. Está claro que hay monografías que se mueven en otros territorios, más concretos. Sería farragoso hacer un inventario de ellas, aunque sí creo que cabe destacar, por sus cualidades específicas, dos. La coordinada por Harald Piotrowski significa una primera aproximación a las actividades de los anarquistas alemanes en Cataluña y el frente de Aragón con una intención apologética que no impide una información interesante, e inquietante, sobre su insurreccionalismo, la permeabilidad frente a los agentes nacionalsocialistas e incluso la concomitancia de algún pequeño grupo con el nacional-bolchevismo. De mayor calibre, por el tema y el tratamiento, es el libro de Puigsech, sobre las relaciones entre el PSUC y la Internacional Comunista. Es resultado de la investigación personal, directa, en fondos de los archivos rusos, algo poco frecuente en nuestro panorama historiográfico. Puigsech ha podido entrar en las complejidades de un partido adherido a la IC, que se constituyó por una decisión autónoma, no impulsada por el entonces principal delegado en España de la Komintern, Luís Codovila, y que combinó una creciente integración, de hecho, en la IC con su relación competidora con la dirección del PCE, que nunca contempló con agrado la singularidad del PSUC.

Entrando en los temas más frecuentes, el de la guerra es el menos. Hay escasa tradición en Cataluña de historia militar y la pérdida de Gabriel Cardona, en 2011,

hay que añadirla también a este breve inventario como un hecho negativo irreparable. Sigue estando por hacer la narración de Cataluña como campo de batalla, aunque se haya publicado sobre todo en dos capítulos, a caballo de las políticas de memoria y de las oportunidades conmemorativas: los bombardeos sobre la población civil y la batalla del Ebro, objeto de un congreso coordinado por Josep Sánchez Cervelló y Sebastián Agudo. Las dos publicaciones sobre los bombardeos son libros instrumentales, de excelente divulgación. El que se refiere a Barcelona, de Xavier Doménech y Laura Zenobi, es el catálogo de la exposición homónima que patrocinó el Memorial Democrático de la Generalitat; el de Girona, de Prats i Pons, se concibió como una guía para la documentación pertinente que existe en el Museo de Historia local. No obstante, son dos obras mucho más útiles que muchos otros libros pretendidamente de historia y que, en realidad, tratan solo de propaganda ideológica. Sobre la batalla del Ebro queda mucho por hacer. Hay un exceso en este caso de memorialismo y falta todavía el trabajo que no se limite a la épica, o a la microhistoria del combatiente, y analice e interrelacione causas políticas y militares, desarrollo de los combates, desarrollo de la política internacional y repercusiones en el seno republicano de lo que fue su último gran esfuerzo. En Cataluña prevalece la idea de que fue un esfuerzo inútil, un sacrificio en aras de la supuesta soberbia de Negrín y de los intereses comunistas y este lugar común pide a gritos una investigación y una interpretación sólida, que culmine las aportaciones parciales que se van haciendo, como las que pudieron conocerse en el congreso de Mora de Ebro de 2008.

Una aportación más completa ya corresponde a la reivindicación, por parte de Francesc-Xavier Hernández, de la participación nacionalista en las milicias, representada por la Columna Maciá-Company, de Esquerra Republicana; junto con el interesante trabajo sobre el Regimiento Pirenaico, a cargo de Jaume de Ramon, publicado hace diez años puede darse por cerrado uno de los déficits en este campo. Los dos son trabajos dignos que amplían el panorama de las milicias catalanas con una imagen más plural de la que habitualmente se ofrece; falta eso sí, todavía, un trabajo específico para la Columna Trueba-Del Barrio, promovida por el PSUC para hacer el completo. El bloque de la guerra ha de cerrarse citando un libro de vigencia duradera, fundamental, un atlas histórico de la guerra en Cataluña, fruto de la colaboración entre el cartógrafo Víctor Hurtado y los profesores del Centre de Estudios Históricos Internacional, de Barcelona, Antonio Segura y Joan Villarroja: por sí solo llena un vacío en favor de investigadores y de lectores.

La gestión política y administrativa de la Generalitat ha registrado tres líneas de publicaciones. La primera es la que se refiere a la acción del Gobierno y de las principales instituciones autonómicas, con una obra colectiva de síntesis sobre los diversos departamentos del Ejecutivo, dirigida por Francesc Bonamusa y publicada en dos volúmenes. Abarca todo el período republicano, incluida la guerra. Como suele ocurrir con las obras colectivas es algo irregular en sus aportaciones, pero en general son solventes, por lo que constituye un muy buen recurso de síntesis. Uno de sus autores, Francisco Vázquez, ha ampliado además su aportación con un

libro propio sobre el Tribunal de Casación durante la Guerra Civil, en el que apunta, aunque no remata en todos los casos, algunos de los comportamientos más escandalosos, de lucro personal, de figuras clave de la justicia de aquellos años: Ángel Samblancat, Eduardo Barriobero, José Batlle y el mismo presidente interino del tribunal, Josep Andreu Abelló, sin que el autor del libro pueda aclararnos del todo los tejemanejes del «grupo de Reus», ciudad natal de este último.

La segunda línea corresponde a monografías sobre organismos públicos concretos, como la Comisión de Industrias de Guerra, o el Consejo de Economía de Cataluña, que se han realizado gracias a la consulta del importante fondo, de documentación escrita y gráfica, del Archivo Montserrat Tarradellas i Maciá (Monasterio de Poblet) constituido por quien poseía dicho fondo, Josep Tarradellas. Son obras documentadas, de corte académico, resultado en el caso de Madariaga y Cendra de sus respectivas tesis doctorales. Bienvenidas sean, aunque malogran en parte su trabajo, en particular el de Pagés y el de Cendra, por el empeño en interpretar la gestión de ambos organismos no a partir de una lectura historiográfica sino de la lectura partidaria de la época, la anarquista y la «poumista» (volveré sobre ello). Cendra rehúsa analizar con alguna profundidad el desarrollo de la intervención pública en la industria colectivizada, a partir de la asunción de la Consejería de Economía por parte de Joan Comorera, líder del PSUC, bajo la argumentación de que no tuvo otro objetivo que el de acabar con la verdadera colectivización revolucionaria. Por otra parte, los trabajos de Pagés y de Madariaga —este mucho más completo— están absolutamente apegados al discurso de las actas de la Comisión de Industrias de Guerra y a la documentación anexa a ellas con lo que no se llega a entrar en la principal polémica de la época: la de la proporcionalidad de los resultados —los artículos producidos y el volumen de producción, en función de las necesidades del Ejército Popular— y la de la distribución en cuarteles y frentes de la producción de la industria de guerra catalana. Algo que no es fácil, porque los libros de cuentas existentes en dicho archivo, muy generosos en el detalle de la producción, son mucho más cicateros a la hora de detallar el destino de la producción pero que no puede dejar de plantearse.

El tercer apartado —en propiedad todavía no es una clara línea de publicaciones— se refiere a las operaciones en materia de política exterior, no de la Generalitat, ya que no estaba facultada para ello, sino de personalidades significativas de la misma. Fueron acciones, maniobras, de determinadas figuras republicanas y de manera muy destacada del Presidente de la Generalitat, Lluís Companys, que aunque usó en ellas la autoridad institucional que tenía las realizó por cuenta personal, dejando abierto el equívoco sobre su grado de responsabilidad. Maniobras de secesión de Cataluña, bajo protección internacional ya fuera de Francia ya de Italia, o con el apoyo británico; aquellas que llevaron a Azaña a comentar que Companys pretendía jugar a Pau Clarís. O gestiones propias para una mediación internacional para el fin de la guerra. Unas y otras frecuentemente se confundieron. Ni fueron realistas, ni estuvieron bien calculadas y desarrolladas, ni tuvieron mucho más impacto

que contribuir a la desconfianza entre los defensores de la República; aunque su relato resulte morboso y a veces espectacular, casi siempre por lo ridículas.

Gregori Mir publicó un primer trabajo al respecto, sobre la poco edificante peripecia de Batista i Roca en Londres, por delegación oficiosa del Presidente de la Generalitat. El autor se inclinó por ver mejor las buenas intenciones de acabar con la guerra que las consecuencias negativas que tal acción unilateral tenían, para la cohesión de los que luchaban contra las tropas franquistas y para la imagen exterior que proyectaban las instituciones republicanas. Tras él, González-Vilalta ha publicado un trabajo sobre la percepción de la diplomacia italiana de las maniobras independentistas, antes y durante la guerra, y de los irreales tejemanejes en pro de la mediación internacional. Estimable, aunque no definitivo —habrá que pasar de la percepción a la actuación del gobierno italiano— al respecto, si es que la hubo, para tener el cuadro completo. El libro de González Vilalta enriquece la información sobre las maniobras de allegados a Companys en Francia y aclara la atracción que el fascismo ejercía sobre Dencás, fuera por convicción o por oportunismo, y sobre la militancia de Estat Català. Sin llegar a concluir, ni mucho menos, una identidad fascista de Estat Català, parece claro que las afinidades no solo fueron estéticas. Y un apunte final: es inminente la publicación —cuando aparezca este artículo ya será un hecho— del trabajo de Josep Puigsech sobre el consulado soviético en Barcelona, a partir de la consulta de la documentación de Antonov-Osenko.

3. VIOLENCIA, REVOLUCIÓN Y ¿CONTRARREVOLUCIÓN?

La atención mayor se sigue poniendo en Cataluña sobre la cuestión de la violencia y en las síntesis, generales o parciales, sobre las opciones ideológicas y políticas y el comportamiento de las diversas organizaciones catalanas; dos temas que alguien entrelaza, de manera impropia, como si necesariamente fueran indisolubles. La puesta en marcha, tanto por parte del Gobierno de la Generalitat —el de Pascual Maragall— como por el del Estado —de Rodríguez Zapatero— de políticas de memoria histórica, que centraron entonces la atención en la represión franquista durante e inmediatamente después de la guerra, tuvieron en Cataluña una singular respuesta en forma de invocación —una vez más— a la represión anticlerical en la retaguardia republicana, por parte de algunos medios de comunicación y de supuestos historiadores. No se sabe si para desacreditar dichas políticas de memoria, como si la persecución del clero justificara la represión de los republicanos, o simplemente para frenarlas con la injusta, e históricamente falsa, doctrina de los dos demonios. Los que tuvieron, y se beneficiaron —incluso económicamente— de una causa general a su favor, se negaron de manera absoluta a la hipótesis de una recuperación general de la memoria a la inversa que, por cierto, solo habría de tener consecuencias de resarcimiento moral.

En Cataluña, el grupo Godó, de prensa, radio y televisión, amparó y dio alas a un archivero de la provincia de Girona, Miquel Mir, que, pretendiendo haber en-

contrado un valioso archivo personal de un antiguo patrullero de la FAI, publicó diversos libros, alguno de ellos novelados, de los que se concluían dos cosas: que esa violencia, siempre etiquetada de revolucionaria, había sido protagonizada por la FAI, y tolerada e incluso utilizada por autoridades institucionales catalanas, Companys y Tarradellas, para beneficiarse políticamente o para lucrarse. Ningún hecho recordado, ni ningún documento esgrimido eran desconocidos. El supuesto archivo personal no contenía ninguna novedad que trascendiera a la peripecia del antiguo patrullero, de ningún relieve. Pero Mir, aparte de numerosos errores factuales, forzó todas las interpretaciones para sostener aquellas dos conclusiones, que son rotundamente falsas. Como he demostrado, creo que de manera suficiente, en la violencia de retaguardia de los primeros meses de la guerra participaron miembros de todas las formaciones políticas, a excepción de los democristianos de Unió. La violencia no fue solo cosa de fascistas y de «murcianos». Los patrulleros no eran incontrolados, ni lo estaban por completo, aunque sí actuaron por propia cuenta. Sin embargo no puede decirse que su actuación siguiera, de manera general, instrucciones concretas, específicas, de las direcciones de las formaciones a las que pertenecían. Y sí, en cambio, que la mayor parte de ellas, a excepción de los anarquistas y el POUM, pasaron a oponerse a esa violencia extrajudicial a partir del fin del verano de 1936; y también que las autoridades institucionales, empezando por todos los *consellers* de Gobernación, se enfrentaron a ella y se aplicaron, por el contrario, a dar acogida y salida fuera de Cataluña a los amenazados. La segunda falsedad fue la implicación sugerida —pero en absoluto demostrada— de Tarradellas en la traición y asesinato de los maristas.

A pesar de su absoluta distorsión de los hechos, el impacto mediático y social de las falacias de Mir ha sido importante. Desde luego mucho más de los que, en el extremo opuesto, han intentado justificar —ni que sea en parte— e incluso legitimar esa violencia, fuera como una consecuencia lógica y directa de la opresión sufrida o como un elemento que forma parte del hecho mismo de la revolución, en su fase negativa, la de la destrucción del orden constituido: Xavier Díez, Izard o Guillamón. Todas esas interpretaciones de la violencia, genéricas, metahistóricas, eluden el análisis de la realidad. En primer lugar no puede hablarse de una violencia única, con un solo motivo, objetivo y consecuencia. Hay, para empezar, una diferencia entre la violencia extrajudicial de 1936-1937 y la represión institucional a la que casi se limitó después de los sucesos de mayo de 1937. Y en segundo término —nada secundario— aquella violencia no fue única, ni «revolucionaria». Fue diversa: hubo represión de clase (el término es de Enric Ucelay da Cal); hubo violencia anticlerical; pero también hubo violencia sectaria, de eliminación del rival político; social —por ejemplo entre campesinos pobres y campesinos miserables (en este caso me inspiró en el título que Josep Termes dio a su libro sobre los hechos de La Fatarella); y desde luego hechos que corresponderían al delito común. Es notorio que no contemos con ninguna cuantificación de la criminalidad en Cataluña antes de julio de 1936 para que podamos descontarla, como procede, de ese capítulo de la violencia de retaguardia.

Guillamón escribió que la violencia era la revolución. Representa el caso extremo de una concepción ideológica y sectaria del hecho revolucionario. Pero lo lamentable es que, sin llegar a ese extremo, buena parte de la historiografía catalana sigue moviéndose a partir del falso paradigma de la revolución de los de abajo, traicionada, de manera definitiva, por la contrarrevolución de los partidos y las instituciones republicanas. En ese escenario, en cierta manera tan autocomplaciente, fue un revulsivo el ensayo de Ferrán Gallego sobre mayo de 1937, en el que intentó analizar los hechos no a partir de ninguna interpretación conspirativa de la historia, sino desde la reflexión sobre las contradicciones internas del antifascismo. Por otra parte el prejuicio con el que se afronta la historia de la Guerra Civil no impide que, en algunos casos, haya de destacarse la novedad y la importancia del trabajo concreto que se aporta. Es el caso de Guillamón y sus estudios sobre el papel de los Comités de defensa en el movimiento libertario, aunque todavía estamos a la espera de la biografía que prometió de Manuel Escorza —entre otras cosas responsable del principal servicio de información de la CNT en la primera mitad de la guerra— al que atribuyó el principal impulso de la rebelión anarquista de mayo de 1937.

Estoy de acuerdo con él en esa posibilidad y desde luego en la consideración de los hechos de mayo tomando como punto de partida la rebelión anarquista y no la absolutamente legal y legítima entrada de la fuerza pública en el edificio de la Telefónica, como domina en la interpretación canónica de la academia que continúa siguiendo a Bollotten. También coincido con Guillamón en el análisis de que en julio de 1936 no se configuró una situación de doble poder en Cataluña, que se inventó Pierre Broué y se ha seguido repitiendo acriticamente. Pero discrepo en todo lo demás y muy profundamente; la ideología le lleva, finalmente a desmesurar, en todos los sentido, el papel de los comités de defensa. También hay que reconocer la importante aportación de José Antonio Pozo González sobre el poder local, desde la multiplicación de los comités hasta la plena restauración y reorganización de los ayuntamientos a partir de octubre de 1936, de los que presenta un mapa detallado de su composición política que incluye todos aquellos de los que se tienen datos, en total un ochenta por ciento de los mil municipios catalanes. El problema es que su interpretación partidaria —lo es porque asumen de manera crítica una de las posiciones entonces existentes en el campo republicano— les impide sacar todas las consecuencias del trabajo que hacen.

Si los Comités de defensa no fueron capaces de defender su revolución es que, a lo mejor, esa revolución no existía en los términos exclusivos en los que ellos la soñaban. Si se produjo esa restauración institucional en el ámbito local, desde luego con una nueva correlación de fuerzas y con algún problema —ninguno en las grandes capitales— es que tampoco la única realidad revolucionaria era la que representaban los comités que, además, demostraron ser un camino cerrado. Desde luego, en julio de 1936, como consecuencia del golpe y de su transformación en Guerra Civil, se produjo una situación de ruptura y transformaciones políticas y económicas, una situación revolucionaria. Pero esa situación no tuvo una sola

lectura, ni siquiera una sola lectura revolucionaria, como propusieron entonces los anarquistas y el POUM y sigue manteniendo una parte de la historiografía. Godicheau, que coincide en buena medida con esta última, fue, sin embargo, más cauto al hablar (escribir) de «movimiento revolucionario» y del carácter problemático y polisémico del término «revolución». Es más prudente, pero no es el caso; no se trata de una cuestión semántica.

He explicado —en mi libro de síntesis sobre el período de 1936/1937— que esa situación revolucionaria incluyó diversos proyectos revolucionarios —ni siquiera un solo movimiento— de carácter proletario, el de la CNT y el POUM, de carácter popular, el del PSUC, o estrictamente de carácter político, el de Esquerra Republicana hasta mayo de 1937. No tiene sentido, en el análisis histórico, negar a ninguno de ellos la naturaleza revolucionaria que reclamaron, sincera y coherentemente, y convertir al historiador en un comisario o peor aun en juez ideológico. Impide comprender los hechos que se produjeran, se tenga la ideología que se tenga. No soy de los que creen que el historiador no tiene ideología y es neutral pero no ha de partir de su ideología para el análisis, sino de los hechos documentados y, desde luego, del examen crítico de los documentos.

Negar la pluralidad de los proyectos revolucionarios es negar los hechos documentados. Sostener que los que no compartieron las posiciones de la CNT-FAI —por otra parte bien heterogéneas— fueron contrarrevolucionarios es una barbaridad; entre otras cosas porque los contrarrevolucionarios fueron los que se sublevaron en julio de 1936 y no hubo dos contrarrevoluciones en España. Los sucesos de mayo no fueron ni el fin de la guerra, como algunas de las mujeres libertarias entrevistadas por Eulalia Vega sostuvieron, ni el fin de la revolución. Fue una rebelión anarquista. Para avanzar y ganarse el respeto que reclama la historiografía catalana ha de superar tópicos y mitos. Los buenos resultados parciales que se están obteniendo han de ser integrados en nuevas síntesis, que hagan a la historia independiente de las modas políticas del presente o del pasado.

4. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AISA, F. 2007: *Contrarrevolució: els Fets de Maig de 1937*. Barcelona: Edicions de 1984.
- BONAMUSA, F. (dir.) 2006 y 2009: *Generalitat de Catalunya. Obra de Govern 1931-1939*. 2 volúmenes. Barcelona: Generalitat de Catalunya-Departament de Presidència.
- CENDRA, I. 2006: *El Consell d'Economia de Catalunya (1936-1939): revolució i contrarrevolució en una economia col·lectivitzada*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- DIEZ, X. 2010: *Violència de classe: causes profundes de la violència revolucionària a Catalunya el 1936*. Barcelona: Virus.
- DOMÉNECH, X; ZENOBI, L. 2009: *Quan ploïen bombes: els bombardeigs i la ciutat de Barcelona durant la Guerra Civil*. Barcelona: ECOS.
- ESCULIES, J. 2012: *Josep Tarradellas. Dels orígens a la República (1899-1936)*. Barcelona: Dau.

- GALLEGO, F. 2007: *Barcelona, mayo de 1937: la crisis del antifascismo en Cataluña*. Barcelona: Debate.
- GODICHEAU, F. 2004: *La guerre d'Espagne. République et révolution en Catalogne (1936-1939)*. Paris: Odile Jacob.
- GODICHEAU, F. 2012. *No callaron: las voces de los presos antifascistas de la República (1937-1939)*. Toulouse: Presses universitaires du Mirail.
- GONZÁLEZ VILALTA, A. 2009: *Cataluña bajo vigilancia: el consulado italiano y el fascio de Barcelona, 1930-1943*. Valencia: Universidad de Valencia.
- GUILLAMÓN, A. 2007: *Barricadas en Barcelona: la CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937*. Barcelona: Espartaco Internacional.
- HERNÁNDEZ, F. X.; IÑIGUEZ GRACIA, D. 2008: *La columna Macià-Companys*. Barcelona: Fundación Josep Irla.
- HURTADO, V.; SEGURA, A.; VILLARROYA, J. 2010: *Atlas de la Guerra Civil a Catalunya*. Barcelona: Dau.
- IZARD, M. 2012: *Que lo sepan ellos y no lo olvidemos nosotros: el inverosímil verano de 1936 en Cataluña*. Barcelona: Virus.
- MADARIAGA, J. de, 2008: *Tarradellas y la industria de guerra de Cataluña (1936-1939)*. Lleida: Milenio.
- MARTÍN RAMOS, J. L. 2011: *Ordre públic i violència a Catalunya (1936-1937)*. Barcelona: Dau.
- MARTÍN RAMOS, J. L. 2012: «La rebelión anarquista de mayo de 1937 y sus consecuencias» en VIÑAS, A. (ed.) 2012: *En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil y el Franquismo*. Barcelona: Pasado y Presente.
- MARTÍN RAMOS, J. L. 2012: *La rereguarda en guerra. Catalunya 1936-1937*. Barcelona: L'Avenç.
- MARTÍN RAMOS, J. L. 2013: *Josep Tarradellas. La Guerra Civil (1936-1939)*. Barcelona: Dau.
- MIR SERRA, M. 2008: *Diari d'un pistolero de la FAI*. Barcelona: Proa.
- MIR SERRA, M. 2010: *El preu de la traïció: la FAI, Tarradellas i l'assassinat dels 172 maristes*. Barcelona: Pòrtic.
- MIR, G. 2006: *Aturar la guerra. Les gestions secretes de Lluís Companys davant el Govern britànic*. Barcelona: Proa.
- PAGÉS, P. 2007: *Cataluña en guerra y en revolución*. Sevilla: Espuela de Plata.
- PAGÉS, P., 2008: *La Comissió de la Indústria de Guerra de Catalunya (1936-1939)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- PIOTROWSKI, H. (coord.). 2010. *Antifascistas alemanes en Barcelona (1933-1939): el Grupo DAS. Sus actividades contra la red nazi y en el frente de Aragón*. Barcelona: Sintra.
- PLANELLAS-WITZSCH, M. 2008. *El somriure de Catalunya: un retrat biogràfic de Jaume Miravittles*. Barcelona: Duxelm.
- PORTELLA, J. 2011: *Estanislau Ruiz i Ponsetí: l'enginyer comunista (Maò, 1889-Mèxic, 1967)*. Barcelona: Base.
- POZO GONZÁLEZ, J. A. 2012: *La Catalunya antifeixista: el govern Tarradellas enfront de la crisi política i el conflicte social*. Barcelona: Dau.
- PRATS I PONTS, J. 2012, *Bombes sobre Girona: la defensa passiva a la Guerra Civil (1936-1939): barricades, trinxeres i refugis antiaeris*. Girona: Ayuntamiento de Girona.
- PUIGSECH, J. 2009: *Entre Franco y Stalin: el difícil itinerario de los comunistas en Cataluña: 1936-1949*. Barcelona: El Viejo Topo.
- RAMON I VIDAL, J. de, 2004: *El Regiment Pirinenc num. 1 de Catalunya*. Barcelona: Rafael Dalmau.

- SÁNCHEZ CERVELLÓ, J.; AGUDO BLANCO, S. J. (coords.) 2011: *Congreso Internacional sobre la batalla del Ebro*. Vol. 1 *Ponencias*; Vol. 2 *Comunicaciones*. Tarragona: Arola Editores.
- VÁZQUEZ OSUNA, F. 2009: *La Justicia durant la Guerra Civil: El Tribunal de Cassació de Catalunya (1934-1939)*. Barcelona: L'Avenç.
- VEGA, E. 2010: *Pioneras y revolucionarias: mujeres libertarias durante la República, la Guerra Civil y el Franquismo*. Barcelona: Icaria.

5. OTRA BIBLIOGRAFÍA, DE INTERÉS PERO NO CITADA

- AISA, F. 2009: *República, guerra i revolució: l'Ajuntament de Barcelona (1931-1939)*. Barcelona: Base.
- CASSASAS, J. (introd.) 2008-2009: *Crònica de la Guerra Civil a Catalunya*. Barcelona: Dau.
- GODICHEAU, F. 2012: *No callaron: las voces de los presos antifascistas de la República (1937-1939)*. Toulouse: Presses universitaires du Mirail.
- GONZÁLEZ VILALTA, A. 2013: *La Tercera Catalunya (1936-1940)*. Barcelona: Edicions de 1984.
- GUILLAMÓN, A. 2013: *La revolución de los comités: hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria: de junio a diciembre de 1939*. Barcelona: Aldarull.
- IZARD, M. 2013: *Entre la ira, la inquietud y el pánico: la retirada de Cataluña, principios de 1939*. Barcelona: Plataforma Editorial.
- PUIGVENTÓS, E. 2008: *Complot contra Companys: l'afer Rebertés i la trama catalanista per aconseguir la Generalitat durant la Guerra Civil*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans.
- SOLÉ, Q. 2008: *Els morts clandestins: les fosses comunes de la Guerra Civil a Catalunya (1936-1939)*. Catarroja, Afers.
- UCELAY DA CAL, E.; GONZALEZ I VILALTA, A. (eds.) 2012: *Contra Companys, 1936: la frustración nacionalista ante la revolución*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.